



## Capítulo 230 - Criada enojada

El día apenas había comenzado, y Viviane ya estaba de pie, con los brazos cruzados y una mirada irritada en su rostro mientras observaba a las dos nuevas "criadas" que le habían sido asignadas.

Zex e Iridia estaban de pie frente a ella, descalzos, vestidos únicamente con finos camisones de seda. Ambos estaban confundidos, sin comprender del todo por qué los habían convocado a esta "ceremonia de iniciación".

Viviane golpeó el suelo con el pie, produciendo un ruido seco que resonó por toda la mansión.

"Así que, después de todo mi trabajo, de toda mi dedicación...", empezó con la voz cargada de veneno. "Mi amo ha decidido traerme a dos mujeres nuevas para que las entrene."



Zex apartó la mirada, fingiendo no oír. Iridia resopló.

"Eh... técnicamente, todavía no somos empleados, no hemos firmado un contrato ni nada..."

—Ah, cierto, el contrato que... ni siquiera yo tengo. —Viviane sonrió. Una sonrisa diabólica...

—Ah, pero no se preocupen, queridos... Arreglaré ese pequeño detalle ahora mismo. Después de todo, van a empezar un trabajo, así que es bueno saberlo, ¿no? —La sonrisa diabólica que les dedicaba los hizo estremecer.



Antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, un círculo mágico se iluminó bajo sus pies. Ambos intentaron correr, pero una barrera invisible los detuvo.

—¡Viviane, espera un momento! —Zex intentó protestar, pero ya era demasiado tarde.

Con un chasquido de dedos, la magia de Viviane explotó en un resplandor dorado. Un segundo después...

¡PLIM!

Donde una vez estuvieron Zex e Iridia, ahora había dos mujeres que vestían los uniformes de mucama más cuestionables que jamás hayan existido.

La tela era fina, casi transparente, y resaltaba cada curva de sus cuerpos. La falda era demasiado corta para ser considerada decente: un paso en falso y algo prohibido se veía. El escote... bueno, decir que existía era generoso, pues era prácticamente un agujero estratégico que resaltaba los atributos de ambas.

Las medias de encaje les llegaban hasta los muslos, y unos finos tacones completaban el look. Pequeños delantales blancos no cubrían casi nada de la parte delantera, mientras que la trasera... bueno, ni siquiera había delantal. Solo una fina cinta de encaje atada como un lazo.

Zex se miró a sí misma, luego a Iridia y luego a Viviane.

"...¿Qué carajo?"





Viviane se cruzó de brazos y levantó la barbilla.

—Ese, queridas, es el uniforme oficial de las criadas que nombro. Al fin y al cabo, son nuevas, necesitan causar una buena primera impresión, ¿no creen?  
—dijo Viviane con una dulce sonrisa... demasiado dulce para ser sincera.

—¡Eso no es un uniforme! ¡Es lencería! —protestó Iridia, bajándose la diminuta falda, solo para darse cuenta de que no había suficiente tela para cubrir nada.

Viviane entrecerró los ojos y su sonrisa traviesa se ensanchó.

—Bueno, si tienen tiempo para quejarse, también tienen tiempo para trabajar! —Se cruzó de brazos—. Ahora, vayan y cumplan con sus deberes en silencio, o los mataré y los convertiré en demonios... Con total lealtad hacia mí, por supuesto.

El tono casual de su voz envió un escalofrío por la espalda de ambos.

"Se está muriendo de celos..." pensaron Zex e Iridia al mismo tiempo, intercambiando miradas desesperadas.

"No puedo creer que esto esté pasando..." murmuró Zex, caminando con dificultad, como si estuviera entrando en un campo minado o, en este caso, tratando de caminar sin parecer una modelo de lencería.

"Quiero suicidarme..." murmuró Iridia, su dignidad se desvanecía a cada paso.

Viviane inclinó la cabeza y su sonrisa adquirió un tono diabólicamente divertido.





"Si quieres, adelante...", tarareó. "Pero te aviso... te traeré de vuelta. Y esta vez, con una orden maestra muy tierna, solo para asegurarme de que no haya más quejas."

Ambos tragaron.

La guerra se perdió antes de empezar.

No pasó mucho tiempo antes de que el resto de la mansión comenzara a notar la presencia de las "nuevas sirvientas".

Vergil, que estaba desayunando tranquilamente, casi escupió su bebida cuando vio a Zex e Iridia entrar al salón.

Stella soltó un silbido bajo, cruzando las piernas mientras observaba la escena con una sonrisa divertida. "Vaya... alguien aquí definitivamente tiene fetiches muy específicos".



Zafiro simplemente arqueó una ceja, sorbiendo su té sin mostrar ninguna reacción aparente... pero sus ojos lo decían todo.

Katharina, por su parte... "¡Jajajaja! ¡Dios mío, qué espectáculo tan maravilloso!", exclamó sin poder contener la risa.

Ada parpadeó varias veces, como si intentara procesar lo que veía. "¿En serio? ¿De verdad es un uniforme de sirvienta?"

Raphaeline suspiró y negó con la cabeza, con un profundo juicio. "Eso no es un uniforme... es humillación. Pura y simple."



Zex, ya harta de la situación, golpeó los puños sobre la mesa, provocando que algunas tazas tintinearan.

¿Alguien me va a ayudar o no?

Vergil, todavía tratando de comprender la absurda situación que se desarrollaba frente a él, apartó la mirada de las dos "sirvientas" y la dirigió a Viviane, que observaba todo con una sonrisa extremadamente satisfecha, el tipo de sonrisa de alguien que acaba de recibir un castigo bien merecido.

Suspiró, masajeándose las sienes.

"¿Era eso realmente necesario?" preguntó.

Viviane se cruzó de brazos y levantó una ceja.

—Trajiste dos nuevas criadas a la casa sin avisarme. Así que sí, era extremadamente necesario. —Vergil parpadeó, confundido.

"Sabes que aún no los he contratado, ¿verdad? Me ofrecieron tras rechazarlo", cuestionó Vergil. "Siguen siendo muy correctos".

"...¿Cómo es?" La sonrisa de Viviane tembló levemente.

Vergil simplemente tomó un sorbo de café antes de responder, sin prisa.

Han causado demasiados problemas, ni siquiera lo he aprobado... Solo están aquí porque no tienen adónde ir. Los dos se quedaron paralizados.





El silencio que siguió fue sofocante.

La expresión de Viviane, que antes irradiaba satisfacción, cambió lentamente. Sus ojos comenzaron a brillar con una furia latente, la clase de mirada que prometía destrucción.

Se giró hacia Zex e Iridia lentamente, como un depredador a punto de atacar.

—¿Te... ofreciste? —Iridia tragó saliva y levantó las manos, intentando calmar la situación.

—Quiero decir... no fue así... —Pero Viviane ya marchaba hacia ellos, con los puños apretados y los ojos ardiendo como una bruja a punto de lanzar una cruel maldición.

—¡¡BASTARRADOS!!! —gritó Viviane, abalanzándose sobre ellos como un toro enfurecido.



Zex e Iridia no perdieron el tiempo... tan pronto como sintieron la intención asesina de la doncella principal, dispararon a través del pasillo a la velocidad del rayo.

¡CÁLMATE, JEFE! —gritó Iridia desesperada, saltando por encima del sofá como si estuviera en una competición de atletismo—. ¡Somos huérfanos! ¡Necesitamos trabajo ahora que la Inquisición ha desaparecido!

Zex... bueno... no era conocida por callarse la boca. "¡Que te jodan, criada pervertida!", gritó mientras se deslizaba por la mesa para alejarse de Viviane.

Y entonces, el error fatal:



—¡Si tanto deseas a tu amo, ve y siéntate en su polla y deja de molestarlo! La temperatura en la habitación bajó unos grados.

Se hizo un silencio absoluto. Viviane dejó de correr por un momento. Sus ojos brillaban con odio puro, y una sonrisa siniestra se dibujó en su rostro.

—De verdad quieres morir, ¿verdad? —Antes de que Zex pudiera reaccionar, Viviane desapareció de la vista. Al instante siguiente, él estaba encima de ella, agarrándola del cuello de la ropa y levantándola en el aire como un demonio sediento de sangre.

"¡TE HARÉ VER EL INFIERNO, BASTARDO!"

Mientras tanto...

Vergil observaba la escena, sorbiendo tranquilamente su café. "¿Era todo eso... necesario?", preguntó, algo perplejo.

Roxanne, sin apartar la vista del desastre, suspiró. "Ay, querida... a veces eres muy estúpida."

Ada y Katharina asintieron al unísono, como si fuera un hecho universal.

—Olvidas que las mujeres tienen necesidades —rió Stella, cruzando las piernas con naturalidad.

"Y claramente está acumulando el suyo", comentó Sapphire, bebiendo su té en silencio.





"Bueno, yo ya lo tengo", dijo Stella, encogiéndose de hombros. "Mientras siga negándose, solo va a empeorar".

Vergil arqueó una ceja, mirando a Roxanne, Sapphire, Katharina, Ada, Raphaeline y Stella.

"¿Y todos ustedes también tienen necesidades?"

Las mujeres simplemente intercambiaron miradas.

Roxanne sonrió, Sapphire sonrió sugestivamente, Katharina se mordió los labios para no reír, Ada se sonrojó levemente, Raphaeline solo suspiró y Stella le guiñó un ojo con picardía.

Vergil se masajeó las sienes. "¿Por qué pregunté eso...?"

Antes de que pudiera procesar toda la estupidez que había sucedido antes, Morgana entró en la habitación... En pijama rosa... Con un enorme conejo de peluche en su brazo.

Ella bostezó, claramente molesta por haber sido despertada en esa zona.

"Qué ridículo alboroto a las ocho de la mañana..." Viviane dejó de intentar matar a Zex por un momento y miró a Morgana.

"¿Qué demonios llevas puesto?" Morgana bajó la mirada, como si acabara de notar su atuendo.

Ella se encogió de hombros. "¿Qué? Me gusta mi pijama".





Vergil cerró los ojos con fuerza. "¿Duermes... acurrucado con ese conejo?"

Morgana lo miró fríamente. "¿Y si digo que sí? ¿Qué harás?"

Vergil levantó las manos en señal de rendición. "Nada. Nada en absoluto."

"Además... ¿Por qué carajos hablan de mi ropa y mi conejito cuando literalmente llevan lencería y huyen de una criada celosa?", dijo Morgana señalando a Zex e Iridia.

Virgilio abrió la boca para responder, pero...

Miró a Morgana.

Luego miró a Zex e Iridia huyendo desesperados mientras Viviane, la encarnación de la furia femenina, intentaba arrancarles el alma con sus propias manos.

Frunció el ceño, como si recién ahora estuviera procesando la ridícula escena que tenía delante.

"...Está bien." Dijo, simplemente aceptando la derrota.

